



EN EL SESQUICENTENARIO DE ANDERSEN

Hay cierta región donde, felizmente, las estadísticas no alcanzan y los números con sus cálculos de probabilidades hacen un papel nulo. Instil verificar allí esas encuestas que estrechan el ámbito de la incertidumbre y quieren regir los imponderables, encerrándolos en algunos tantos por ciento.

En el territorio de los cerebros no electrónicos.

Un ejemplo permite explicarlo. Dada la población de Estados Unidos y de Rusia comparada con la de Chile (cuantos Claudio Arrau debería haber en USA o en la U.R.S.S.? La pregunta se contesta sola.

Otro caso.

He aquí el antiguo y geográficamente pequeño reino de Dinamarca, sospechoso a Hamlet.

Georges Brandès, el gran crítico, la especie más rara, Kierkegaard, el singular pensador religioso, Hans Christian Andersen, espíritu del aire, "ligero, alado y sagrado", irradian durante el siglo XIX por toda Europa y vuelan por Occidente, en alas de su genio, como el sin por Dario, hijo de Nicaragua, la diminuta.

Un sello de libre y común originalidad hermana a esos talentos diferentes.

El día de su nacimiento, año 1805, el padre de Andersen que era zapatero, "leía en voz alta una pieza de Holberg" junto a la cuna de su hijo, adornada con trozos de crepón del catafalco que había servido en los funerales de su abuelo, usando la técnica con que tejen su nido los pájaros.

Cantando a la orilla del río las noches de luna, el chico a quien llamaban el ruiseñor aguardaba, que según la leyenda, el Emperador de la China saliera de las aguas para escuchar su canción.

Como el soberano tardara en manifestarse, a los 14 años el mozo coge su atado de ropas y provisto de una carta para cierta ballarina de la Ópera, marcha a la ciudad.

"Antes de llamar a su puerta se arrodilló en el umbral, rogando a Dios que se dignara ayudarlo. Dios se presentó en la forma de una criada: tomandolo por mendigo, le puso una moneda en las manos. Cuando fue recibido por la hermosa dama, a fin de convencerla de sus habilidades, le pidió permiso para quitarse las botinas y, embobado un alto sobrecillo que utilizaba como tamboril, se puso a cantar y bailar".

El padre había servido bajo Napoleón y su herencia fueron los sueños.

Así dice la biografía que, al cumplirse el sesquicentenario del cuentista, le dedicó Mónica Stirling con pluma ligera.

Todo en Andersen es delicado, ingenio, mágico.

Poseía por derecho propio la gracia que conquista y una virtud de inocencia a que nadie resistía.

"En 1833, a los 28 años de edad, llega

por primera vez a París. Adoraba a Victor Hugo, Jorge Sand y Beranger. Después, en un segundo viaje, conoce personalmente a Hugo, Lamartine, Vigny y, sobre todo, a Alejandro Dumas. No era hermoso; pero sabía desenvolverse en sociedad y Rachel le declara que lo oye con más gusto que a otros que habían mejor el francés". Sus candidas alas atraviesan el tempestuoso período romántico sin contagiarse del énfasis apasionado, de la sonora grandilocuencia. En ningún momento el patifío feo pierde su seguridad de cisne capaz de volar lejos.

Pese a su etiqueta de autor para niños, el influjo de Andersen se hizo sentir en una vasta órbita. En Chile lo tuvimos traído por d'Halmar, magnífico repartidor de corrientes, maestro de su generación, a principios del siglo. Andersen pertenece a la estirpe de los que traspasan los países y las épocas, por sobre escuelas transitorias y preferencias nacionales.

Acabamos de hallarlo recientemente en los "Cuentos del Domingo", traducido, como él sabía hacerlo, por don Egidio Poblete, que Zig-Zag ha editado. Y de nuevo hemos podido allí leer la historia del "Patito Feo", el niño humilde, desdenado, postergado, picoteado, pero que no se amilana ni se amarga, es decir, la historia misma del escritor, anterior a las turbias doctrinas freudianas, sin ningún oscuro complejo en su imaginación aérea, en su inventiva amable.

Véase esta introducción al célebre cuento, vertido por nuestro compatriota a un castellano puro:

"La campiña estaba espléndida. Relucía piensamente el estío; los campos de trigo brillaban con un amarillo dorado; la avena se hallaba aún en todo su fresco verdor; y por sobre el haz de los prados, matizados de un verde más oscuro, se empinaban los montones de heno que perfumaban el ambiente. Por entre las yerbas se veía pasar un grupo de cigüeñas, encaramadas sobre sus largas piernas rojas, charlando unas con otras en el viejo lenguaje del Egipto de los Faraones, que sólo ellas hablaban todavía en su antigua pureza. Y campos y praderas estaban rodeados de grandes bosques, y por aquí y por allá espejaba algún estanque bajo los rayos del sol".

Un cuadro naturalista donde la leyenda puede palpitar.

Se comprende que desde ahí rememara su vuelo el joven cisne criado entre patos que lo miraban de través, porque aún no poseía su plumaje, sencillo y perenne símbolo de la superioridad desconocida, de la belleza humillada, del candor herido y sin mancha, que por el solo ímpetu de su crecimiento se impone y levanta "por el vasto mundo" hasta donde otros sólo en sueños alcanzarían a llegar.

Un gran don entregado al mundo por la pequeña Dinamarca.

"Los Judíos y el Evangelio" por Gregory Baum, O. S. A. (Aguilar).— No se aprecia la velocidad con que cambian los tiempos sin volver de cuando en cuando la vista atrás y fijarla en algunos límites del pasado.

Es lo que permite resaltar, no sin sobrecogimiento del espíritu, esta obra erudita y docta, pero accesible, sobre la evolución del pensamiento de la Iglesia ante el pueblo judío, que ha ido alejándolo de los anatemas vertidos en el siglo IV de nuestra era por el maestro de la oratoria sagrada, San Juan Crisóstomo.

El año 338 la floreciente Sinagoga del centro comercial y militar de Callicio, en Mesopotamia, fue saqueada y quemada por los cristianos de la ciudad a instigación del obispo. El Emperador Teodosio exigió el castigo de los culpables, la restitución de los bienes robados y la reconstrucción del edificio; pero el poderoso y venerado obispo de Milán San Ambrosio intervino furiosamente, asegurando que los judíos, enemigos de Cristo, no podían reclamar ningún derecho basado en la ley. Ayudados a reconstruir la Sinagoga sería equivalente a militar contra Cristo. El emperador se aferró al principio de justicia de que era tradicionalmente guardador. Entonces San Ambrosio lo amenazó con privarlo de los sacramentos de la Iglesia. Teodosio cedió. El nombre de la piedad, el antiguo ideal de justicia fue abandonado.

De ese extremo remoto, después del cual ya no queda nada, a no ser Hitler, que podría considerarse el brazo secular de Ambrosio y Juan Crisóstomo, la reacción eclesial pasa al extremo opuesto. Los judíos han dejado de ser delirados; siguen siendo el pueblo de Dios; sin ellos la Iglesia no sería la única salvación creada por Jesucristo; el sufrimiento de los judíos es una prolongación de la Pasión de Cristo, ellos tienen la misión del martirio y de sacrificarse por la redención de la humanidad.

Han sido algunos timoratos escandalizarse y hallar atrevida la palabra del sacerdote que exigía renovar toda "empezo por cero". Aquí vemos cómo, después de haber empezado bajo cero, se toca el infinito.

Nada nuevo bajo el sol.

Es una de las múltiples enseñanzas que pueden sacarse de "Los Judíos y el Evangelio" por el benedictino Gregory Baum, libro traducido del inglés por otro benedictino y que Aguilar ha editado con una elogiosa aprobación del Excmo. Sr. Doctor Casimiro Morcillo, Arzobispo de Madrid-Alcalá.

Piedra Roja, abril de 1987.

Alonso

Crónica literaria [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile